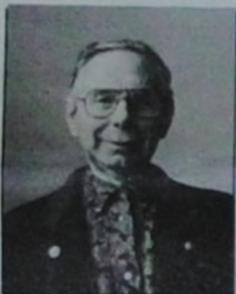


Carlos Altamirano

# “Me defino como un antiguo socialista posmoderno”

*Carlos Altamirano volvió de su exilio en Francia hace casi tres años. Durante este tiempo ha estado retirado de la política activa y de los avatares partidarios. Pero ha reflexionado, desde la experiencia histórica que le tocó vivir, sobre Chile, su realidad y su futuro dentro de las actuales transformaciones mundiales. De todo ello habló con FORO 2000 con el telón de fondo de la conmemoración de los veinte años del golpe de Estado y del derrocamiento de Salvador Allende.*



CARLOS ALTAMIRANO

—¿Qué balance hace usted de los últimos veinte años de la historia de Chile?

—No existe aún la suficiente perspectiva histórica para juzgar lo ocurrido fundamentalmente en los diecisiete años y medio de dictadura. Desde luego habría que hacer un distingo entre los que salieron y los que se quedaron en Chile. El exilio de miles y miles de chilenos va a tener una enorme influencia en la historia futura cultural del país. Le va a cambiar el horizonte, lo va a hacer mucho menos provinciano. Los que no salieron al exilio, los que vivieron aquí estos años de barbarie, también han sido brutalmente castigados. De manera que son veinte años decisivos en la historia nacional y en la vida individual de miles y miles de compatriotas. Por otra parte me es muy difícil hacer el balance global del período dictatorial porque simplemente no se dispone de cifras, de datos y de información suficiente sobre él. Durante los diversos gobiernos democráticos estas cifras y datos económicos eran ampliamente conocidas y debatidas. En cambio, durante los largos años de dictadura militar, que duró como tres períodos presidenciales normales, se ocultó y tergiversó la información y se tendió un tupido velo sobre las decisiones claves adoptadas.

Jamás se ha hecho un balance económico global de los diecisiete años y medio de dictadura. Siempre se recurre a estadísticas parciales, en especial a las referentes a los tres o cuatro últimos años. Pero cuáles fueron los promedios globales de crecimiento del producto, las tasas promedio de inflación, los porcentajes promedio de

cesantía; los promedios de ahorro y de inversión. Cuánto se destinó en promedio a educación y a salud. Cuáles fueron las causas últimas de las dos catastróficas crisis económicas ocurridas en apenas una década, ambas con las mayores caídas de ingreso en toda la América Latina, todo esto no se sabe muy bien.

¿Cómo se permitió llegar a un nivel de endeudamiento tan descomunal? ¿Cuánto le ha costado y cuesta a Chile este desmesurado endeudamiento? ¿Por qué no ha sido posible hasta hoy hacer un estudio transparente de los diversos procesos de privatizaciones, incluso, utilizando los servicios de alguna de las tantas



empresas internacionales de auditoría? ¿Cuál fue el precio final en que se traspasaron las empresas públicas a propiedad de particulares? ¿Por qué la infraestructura de caminos, puentes y ferrocarriles ha quedado en un estado tan deplorable? ¿Cómo explicar la situación ruinosa de los hospitales públicos y en general del Servicio Nacional de Salud? ¿Por qué se destinó un porcentaje tan insignificante del presupuesto nacional a la educación, materia tan esencial en el mundo moderno? ¿Cómo no pudo preverse e implementarse un plan mínimo para evitar alcanzar tales niveles de contaminación en Santiago, tal deterioro de sus calles y avenidas, tal desorden en la locomoción colectiva y en general tal devaluación de su calidad de vida?

Hoy día la casi unanimidad de los pensadores políticos han concluido que la historia no está escrita, que ella está abierta, que no existen determinismos históricos fatales.

Si esto fuera así tenemos el derecho y la obligación de preguntarnos acerca de si no

hubo otras opciones, una vez producido el golpe militar. Si sólo existía la opción de la dictadura militar y además así de brutal y cruel. Por qué no se convocaron elecciones, como ya se había hecho después de la revolución del 91.

Personalmente no me cabe duda alguna de que en el Chile de ese entonces existían numerosas personalidades políticas o independientes, dotadas de aptitudes suficientes para haber logrado un éxito, desde su punto de vista, muy superior a los que se atribuye la dictadura, en un plazo muy inferior y con un costo humano social y económico ínfimo. Si el golpe de Estado hubiera sido hipotéticamente necesario e inevitable, no cabe la menor duda que todo lo ocurrido con posterioridad fue evitable y fue innecesario.

—¿No le parece que hay últimamente un apresuramiento por la reconciliación, que no se está dando un tiempo suficiente para que madure un auténtico reencuentro?

—El proceso de la reconciliación, será una larga y fatigosa marcha. Indudablemente es utópico intentar una reconciliación auténtica en un período histórico tan breve. Por otra parte, me explico el gran interés del gobierno, de la Iglesia Católica y de los sectores más lúcidos del país por empeñarse en ello. Pero se trata de una aspiración de largo aliento, la cual se ve entrabada porque los responsables de ella alegan no tener nada de que arrepentirse, simplemente no son culpables de nada, y en consecuencia nada hacen ni han hecho por la reconciliación. Muy por el contrario,

su capitán general, al parecer, experimenta una viva satisfacción profiriendo expresiones burlescas e hirientes para un importantísimo sector del país. El gobierno y el Ejército de Japón han dado explicaciones públicas a Corea y a China por los actos de

confusión, de contradicciones, pero, en esencia, éstos son temporales y pasajeros. En mi opinión, la sociedad contemporánea no está en crisis, sino que está inmersa en la más gigantesca metamorfosis de toda la milenaria historia humana. Está profunda-



barbarie cometidos en lo que sí fue una verdadera guerra entre estos países. El gobierno y el Ejército alemán han presentado sus reiteradas condolencias al pueblo de Israel por el holocausto judío. El gobierno y el Ejército de la ex Unión Soviética y de la actual Rusia han reconocido su error y han manifestado su pesar a los gobiernos de Hungría, por la invasión de 1956, a Checoslovaquia, por la intervención armada en 1968, y a Polonia, por la masacre de oficiales del Ejército polaco. No hay ejércitos del mundo, al menos en esta época histórica, que no hayan asumido su responsabilidad por desmanes, excesos y abusos.

En este caso concreto estamos pasando por alto la responsabilidad que le cabe a las fuerzas armadas por el golpe de Estado. Nos estamos refiriendo específica y concretamente a la implementación, con posterioridad a él, de una política consciente, proclamada, masiva y sistemática de torturas y exterminio.

El argumento de la existencia de una presunta guerra, a la que se le agrega el calificativo de irregular, además de pobre y banal carece ante Chile, ante el mundo y ante la historia de toda verosimilitud. Pero lo que es aún más grave: cuando tal guerra hubiera existido como fue el caso de la Segunda Guerra Mundial, también allí hubo un Nuremberg.

—Todos hablan de crisis de las ideologías. ¿Qué opina usted?

—Yo no hablo propiamente de crisis. La idea de crisis evoca, tanto en una vida individual como en la vida colectiva de los pueblos, un momento de conflicto, de

mente convulsionada por una radical mutación de las ideologías, de los modelos económicos, de los comportamientos éticos, incluso de conceptos tan medulares como son los de Estado, nación, trabajo, clase, razón, progreso, caos. Todos ellos están siendo repensados y reformulados a pesar de haber constituido la piedra angular sobre la cual se edificó la sociedad

lejos de ser un fenómeno exclusivo del mundo del "socialismo real". La revolución conservadora fracasó en Estados Unidos con Reagan, y la política neoliberal, con Margaret Thatcher, en Inglaterra, si bien, forzoso es reconocer que el fracaso de

unos no es equivalente al colapso histórico de otros. La situación de "desencantamiento" y de frustración espiritual y moral que hoy día aqueja y se extiende por el mundo occidental, se debe, básicamente, al suicidio del "enemigo". La era moderna, fundada en el capitalismo industrial, exhibe un notable éxito en el dominio económico y en el aumento del confort material, pero ha fracasado dramáticamente en el plano de la subjetividad humana y en el progreso espiritual y moral del hombre. En este cuadro, tanto la ética católica premoderna, como las grandes ideas ilustradas, fundadoras de la modernidad, están siendo gravemente cuestionadas: la idea de progreso, unívoca y lineal; la ciencia divini-

zada; la razón absolutizada; el desarrollo reducido a su sola dimensión económica; la tecnología invadiendo todo el escenario histórico; el Estado nación manifiestamente insuficiente para dar cuenta de una nueva realidad virtual: la de una economía mundial y la de la emergencia de una sociedad global; la crisis porque atraviesan las tres grandes tradiciones culturales que dieron

## El proceso de reconciliación será una larga y fatigosa marcha; es utópico intentar una reconciliación auténtica en un período tan breve

moderna. En mi opinión, tras esta trascendental mutación histórica nada o muy poco, volverá a ser como fue antes: ni las conductas morales, ni los paradigmas económicos, ni las ideas, ni los sistemas políticos. Ni las jóvenes volverán a casarse vírgenes, ni el matrimonio volverá a ser la única forma legítima de vivir en pareja, ni la familia, tal cual se concibe hoy, continuará subsistiendo. Nadie pretenderá, tampoco, al menos por un largo período histórico, que se sustituya la propiedad privada por la propiedad colectiva, ni que una planificación central reemplace con éxito al mercado en la asignación de recursos. El colapso está

origen y cimentaron el surgimiento de la época moderna europea occidental: la cristiana, la liberal y la socialista.

—¿Cuál va a ser la duración de esta crisis?

—No se trata de una crisis de transitoria duración. De la crisis de tal o cual partido político, de tal o cual verdad religiosa, de tal o cual modelo económico, sino de una crisis orgánica de las sociedades, en su conjunto, a nivel global. En mi opinión, se trata, repito, de una compleja mutación histórica. Ejemplar al azar. El conservadurismo neoliberal fracasó en Inglaterra y no ha constituido un remedio eficaz frente a la

decadencia inexorable del viejo imperio; después de la debacle política y moral ocurrida en Italia, la Democracia Cristiana ha debido tomar la resolución extrema de cambiar su nombre; ya el Partido Comunista Italiano (PCI) lo hizo hace algunos años; los partidos socialistas se encuentran en franca desintegración en Francia y en Italia y el español se halla amenazado de divisiones. El otrora poderoso partido democrático liberal de Japón fue derrotado en las últimas elecciones y reemplazado por una nueva combinación de partidos, compuesta por integristas religiosos, liberales no corruptos y socialistas aparentemente renovados; en Polonia la histórica fuerza de Solidaridad está en clara descomposición. En Chile, la derecha se hace llamar centroderecha, contrariando la lógica elemental, puesto que nadie atina a saber quién ocuparía el lugar de la derecha propiamente tal.

—¿Y cuál es ahora el papel de Estados Unidos?

—Todo está en transformación. Hasta ayer Estados Unidos simbolizaba para un militante de izquierda, la última fortaleza de la reacción burguesa mundial. Pero hoy es Estados Unidos quien exige a los países latinoamericanos regirse por instituciones democráticas y condena la violación de los derechos humanos, es Estados Unidos quien está más preocupado porque se condene a los culpables de nefastos crímenes cometidos, entre otros muchos países, en Salvador y en Chile. Hasta ayer Estados Unidos promovía dictadores "amigos" y financiaba escuelas de "seguridad nacional".

¿Algún presidente de América Latina se atrevería intentar una promoción tan masiva de la mujer a todas las instancias del Estado, incluida la del Ejército, como ocurre hoy en Estados Unidos? ¿Alguno se atrevería a combatir en forma tan radical las viejas discriminaciones raciales? De promover a negros, chicanos, a hispanoparlantes o a chinos y japoneses a cargos de alto nivel en la jerarquía del Estado, en los gobiernos locales, en las universidades? ¿En alguna sociedad de América Latina puede siquiera plantearse el reconocimiento de las demandas de las minorías

de homosexuales y proponer como vicepresidente de alguno de sus gobiernos a un ecologista militante, como es el caso de Gore, en Estados Unidos?

No hay duda: nos encontramos en tránsito a otra época histórica. Clinton, representante de un capitalismo transnacionalizado moderno, se halla al centro e incluso, a la izquierda de muchos gobiernos de América Latina. Si Chirac, líder de la derecha francesa y actual alcalde de

## Si Chirac, líder de la derecha francesa y actual alcalde de París, fuera designado alcalde de Santiago sería rápidamente removido por intervencionista y socializante

París, fuera designado, por obra y gracia del espíritu santo, alcalde de Santiago, sería rápidamente removido por "intervencionista", "dirigista" y "socializante".

—¿La derecha europea sería izquierda en Chile?

—No me cabe la menor duda de que sí, al igual que los grandes rotativos europeos, como Le Monde en Francia, El País en España, el Times en Londres serían prensa de izquierda en nuestros países. La lucha fundamental del siglo XXI será entre dos modelos de capitalismo. Un capitalismo deshumanizado, implacablemente tecnologizado, obsesionado por la ganancia, por un productivismo irracional y con consumismo desenfrenado, frente a otro capita-

de izquierda, a nivel mundial, con nuevas categorías de análisis y nuevos valores e ideales. El socialismo constituyó, sin lugar a dudas, un gigantesco movimiento histórico surgido en el seno de la modernidad europea. Conformaba ya una de las grandes tradiciones políticas y culturales de la historia occidental cristiana: la cristiana propiamente tal, la liberal y la socialista. Ha hecho un enorme aporte político, intelectual y moral a la constitución y desarrollo de las opulentas sociedades industriales modernas, a la liberación de los pueblos del tercer mundo, a la derrota del fascismo, al histórico proceso de la emancipación de la mujer, a la desalienación del hombre.

—¿Qué queda, al final de todo eso, de la utopía socialista y qué es lo que significa hoy día en el mundo ser de izquierda?

—Pienso que hay dos preguntas implícitas en su interrogante. Una de ellas, intentar medir el impacto de la historia mundial de los setenta años de "socialismo real" en una sexta parte de la humanidad. Es prematuro hacer este balance. Concretamente, hoy día, Rusia es una gran nación en desintegración. Pero Rusia se incorporó al mundo de los países industrializados. Es una gran potencia industrial y nuclear y está en condiciones de competir en la nueva realidad emergente espacial. Si midiéramos con exclusivos criterios economicistas, Rusia constituiría un modelo no despreciable de crecimiento económico. China, por su parte, está pro-

tagonizando también un milagro económico. China, con 1.200 millones de habitantes y creciendo por sobre el 10 por ciento al año, augura transformarse, en los primeros veinte años del próximo siglo en la segunda potencia económica del mundo. Ya es la cuarta en producto global. Desde otro punto de vista, esta experiencia influyó decisivamente en la emancipación de todo el mundo colonial. Al promediar este siglo sólo existían cincuenta países

soberanos. Hoy son más de 200. Hay 150 nuevos estados, 150 nuevas etnias y culturas con posibilidades de expresarse. En Europa, el socialismo ha marcado con rasgos indelebles esas sociedades. El Estado de bienestar, desde mi punto de vista, es uno de los grandes logros de las ideas humanitarias socialistas.

—Se aprecia una crisis de los socialismos europeos. Hace poco tiempo Rocard invitaba a los socialistas franceses a una gran ruptura para la construcción de un movimiento progresista en Europa. ¿Esas son las bases de una nueva identidad de la izquierda del mundo?

—Sí, y más que eso. Es, por una parte, superación de viejas ideas y de antiguas certezas y también es la búsqueda de nuevas identidades. Es un repensar y readecuar las ideas socialistas y las propuestas de izquierda a la luz de las sorprendentes y espectaculares realidades emergentes: geopolíticas, científico-técnicas, ecológicas, éticas, cósmicas.

Estamos inmersos en un período tan fascinante como terrible de cambio y transformación. Constituiría por lo mismo un error imperdonable pensar que este cambio global afecta sólo a la ideología de izquierda. Son todas las realidades políticas, culturales y morales del mundo occidental las que están atravesando por este proceso de recreación y refundación. Frente a esta sensación, la llamaríamos de fin de milenio, Michel Rocard, líder del socialismo francés, ha propuesto el big bang, esto es, un nuevo inicio, una gran explosión dentro de los espíritus y de las mentes; en lenguaje gramsciano, una nueva revolución intelectual y moral. A veces, por mezquinas razones de política contingente, se insiste en atribuir la crisis al agotamiento de las ideas socialistas y comunistas. La crisis, para mí mutación, es global y sin retorno. Por ejemplo, la crisis que en este minuto afecta a la propia Iglesia Católica es manifiesta. Aquí en Chile no se publica una sola palabra de ella. No se informa acerca de la profusa discusión teológica que hay en este minuto en Europa. Diarios, revistas, periódicos, libros, espacios de televisión, todos dan cuenta de esta crisis. Acaba de publicarse un libro que, a pesar de ser de teología, se ha transformado en bestseller en Francia y Alemania. Un joven teólogo católico, Wassermann, ha escrito una especie de tratado, titulado *Los funcionarios de Dios*, de 940 páginas. En él se realiza un análisis crítico, implacable y lúcido, en contra de las decisiones de la jerarquía eclesiástica; en contra de lo que él considera la "alienación del espíritu evangélico"; del olvido de los principios que dieron lugar a la reforma luterana y calvinista; y, sobre todo, en contra de la antimodernidad esencial de la Iglesia Católica.

Otro ejemplo lo tenemos en el atractivo y sugerente libro del teólogo, también famoso, Hans Küng, llamado *Proyecto de una ética mundial*, editado hace ya dos años.



También él entraña una crítica aguda y penetrante a la iglesia dirigida por Juan Pablo II, por su carácter represivo, autoritario, frustrante y carente de un verdadero espíritu ecuménico.

Existe una notoria diferencia entre la disidencia expresada en la "teología de la liberación", que centra su crítica en el problema social, y el cuestionamiento hecho por un enorme número de teólogos católicos europeos, que apunta a problemas aún más esenciales: a la infabilidad del Papa, a los problemas del aborto, de la eutanasia, de la fecundación in vitro, al celibato de los sacerdotes, al impedimento que pesa sobre la mujer para impartir los sacramentos.

He hecho esta corta disquisición con el objeto de dar fundamento a mi opinión de que estamos en presencia de una crisis profunda y orgánica de las sociedades occidentales. Cambio civilizacional de las formas de pensar, de los modos de producir y de los comportamientos éticos.

—¿Pero se trata de renovar el socialismo o hay que superar el socialismo?

—Las ideas socialistas cumplieron una importantísima tarea histórica. Los siglos XIX y XX de las sociedades europeas occidentales exhiben la impronta socialista; y en el tercer mundo también sus principios inspiraron valiosos movimientos sociales y políticos. Acabo de leer una información aparecida en el diario *El Mercurio* que reproduce un artículo del *New York Times* titulado "Qué es ser católico hoy día en Estados Unidos". Este artículo me ha recordado una situación muy similar que estaría ocurriendo en el universo socialista. Interrogado un católico en Estados Unidos acerca de si se define como tal, su respuesta es afirmativa. Pero frente a todas las preguntas restantes las respuestas difieren ostensiblemente de la ortodoxia oficial. Si acepta o no el divorcio; si está o no de acuerdo con legalizar el aborto; si cree o no en la exigencia del celibato; si es admisible el uso de anticonceptivos; en todos estos casos, las respuestas no se ajustan a la norma oficial establecida por el Vaticano.

Algo parecido ocurre en el mundo ideológico del socialismo. A pesar de proclamarse socialista, frente a las preguntas de si cree o no en la "lucha de clases" y en el carácter de "motor de la historia" que tendrían éstas y si concibe la "revolución" como el acontecimiento fundador de una nueva sociedad; o de si el sistema de propiedad colectiva es superior al sistema de la propiedad privada; o de si la planificación central es más eficaz que el mercado en la asignación de recursos, una gran mayoría, pienso yo, dará respuestas, cuando menos, dubitativas.

Según la encuesta reproducida en el *New York Times*, el elemento aglutinador fundamental entre los católicos norteamericanos sería su fe en la trascendencia de la vida humana, su firme creencia en la existencia de otra vida. Sólo esta verdad tan general y abstracta uniría a ese mundo de creyentes.

El socialista de hoy, en Chile y en el mundo, según mi encuesta personal, a pesar de no tener por dogma la existencia de las otras sagradas leyes históricas, continúa, sin embargo, adscribiéndose a valores, como son los de justicia, igualdad, solidaridad, humanismo, continúa siendo contrario a toda discriminación de sexo, de etnia, y de cultura, sigue desconfiando profundamente de una sociedad regida exclusivamente por el dinero y la técnica; cree en la imperiosa necesidad de promover un reencuentro con la naturaleza, está por la sociedad secularizada y por la democracia orgánica.

Por lo mismo, en un terreno muy personal me he definido como un antiguo socialista post-moderno. Con ello he querido afirmar mi pertenencia histórica al mundo valórico del socialismo, pero al mismo tiempo, mi reconocimiento a la aparición de nuevas realidades virtuales y de sorprendentes desafíos, las cuales exigen respuestas diversas a las propuestas de ayer.

Como usted debe saber, los conceptos de derecha y de izquierda tuvieron su origen en los inicios de la Revolución Francesa. Una tarde del 28 de agosto de 1789, hace ya dos siglos, con ocasión de un debate constitucional acerca de si se mantenía o rechazaba el derecho de veto del rey, los partidarios del veto fueron invitados por el presidente de la asamblea a sentarse a su derecha, y los contrarios, a su izquierda. En ese entonces este acontecimiento nimio pareció intrascendente, pero estas dos nociones políticas cardinales han marcado decisivamente el acontecer histórico. Los que se sentaron a la derecha no sólo eran los partidarios del rey, sino eran los defensores del "ancien régime", eran los partidarios de conservar la monarquía, de mantener la legitimidad del rey, fundada en la Gracia Divina, de la sociedad de privilegios, de nobles y de eclesiásticos; fueron y son los firmes defensores de los

valores tradicionales y de la preeminencia de la fe católica; se constituyeron en los enemigos acérrimos de los principios y verdades proclamados por los enciclopedistas; de la sociedad secularizada; del Estado laico; de las libertades de culto; de la democracia y, en definitiva, del gobierno democrático.

Los que se sentaron a la izquierda, a



su vez, fueron los antimonárquicos, los republicanos, los librepensadores, los partidarios de fundar una sociedad de "hombres libres e iguales"; reivindicaron la razón como valor supremo; apelaron a la tolerancia entre religiones diversas, fundaron la soberanía del pueblo, inventaron el sufragio universal, proclamaron los derechos del hombre y del ciudadano, abolieron la esclavitud y la servidumbre, en una palabra, descubrieron la democracia, crearon la instrucción pública, el concepto de nación, ampararon y defendieron el nuevo método fundado en la experimentación científica. En síntesis, fueron los hombres y las mujeres sentados a la izquierda, en esa memorable asamblea y en esa tarde de verano parisino, quienes, simbólicamente hablando, realizaron la más portentosa hazaña de todos los siglos: fundar la modernidad. Desde entonces acá,

**Quando nos definimos como socialistas  
se sabe lo que fuimos y lo que hicimos,  
pero se ignora lo que somos  
y lo que haremos**

las luchas homéricas entre las ideas y tradiciones de derecha y los valores y sensibilidades de izquierda han venido dando forma a la edad moderna y seguramente continuarán haciéndolo en la postmodernidad.

—El PS chileno hizo un esfuerzo de renovación, hizo un aporte sustantivo a la salida democrática en Chile, pero en vista de los desafíos del futuro que usted está afirmando ¿hay que pensar en un proceso de refundación de una izquierda sustantiva en este país, más que en renovar el Partido Socialista?

—Sí, creo que me interpreta correctamente. Lo que se llamó renovación socialista fue fundamental para la constitución de la Concertación democrática y para su proceso interior, contribuyendo así decisivamente a la victoria de 1989. Fue un aporte histórico. Pero, dada la extrema velocidad con que se desenvuelven los acontecimientos mundiales, esa renovación ya no basta para explicar los complejos problemas del presente ni menos para convocar a un segundo proyecto de vida futura. Pienso más bien que, hoy día, la identidad socialista define un pasado pero no diseña un futuro. Cuando nos definimos como socia-

listas, se sabe lo que fuimos y lo que hicimos, pero se ignora lo que somos y lo que haremos.

—¿Pero usted es optimista respecto de que la izquierda chilena pueda asumir ese desafío?

—Sí, soy optimista. Estoy cierto de que la izquierda logrará salir airoso frente a este nuevo desafío. Fue fundamentalmente la presencia de una activa y creadora izquierda la que democratizó el país, impulsó su industrialización, produjo el acero, la electricidad, el petróleo, el azúcar de betarraga, perfeccionó los servicios públicos de salud y educación, luchó por la aprobación de leyes sociales, por una previsión para los trabajadores, por la sindicalización campesina, llevó a cabo la reforma agraria, nacionalizó el cobre y creó las condiciones para el surgimiento de una Gabriela Mistral y un Pablo Neruda, fundó un teatro, un ballet y una orquesta sinfónica de alta calidad. Seguramente otros serán los objetivos de la izquierda y otras serán sus ideas y propuestas, pero para ello será imprescindible la reformulación de una sólida fuerza de izquierda moderna, democrática, con sentido de eficacia y de disciplina, abierta a una nueva síntesis de ideas y capaz de incorporar las nuevas realidades virtuales, de pensar el mundo en forma global y de concebir la futura sociedad planetaria. ▼